

FELIPE PIGNA

LA VOZ DEL GRAN JEFE

VIDA Y PENSAMIENTO DE
JOSÉ DE SAN MARTÍN



Felipe Pigna

La voz del Gran Jefe

Vida y pensamiento de José de San Martín



Introducción

José de San Martín es uno de los hombres más nombrados y más homenajeados de nuestro país y a la vez, paradójicamente, uno de los menos conocidos en toda su dimensión. Las miles de calles (una por pueblo o ciudad) que llevan su nombre, los centenares de plazas, los tantos y tantos monumentos y bustos poco nos dicen de este hombre que lo dio todo por su país, que se comprometió hasta sus últimos momentos con la suerte de sus habitantes. Extraordinario estratega militar, que se inició en la carrera de las armas a los once años y a los quince ya era un oficial con mando de tropa, pero también un hombre absolutamente comprometido con su tiempo, enorme lector y fundador de bibliotecas, pintor y concertista de guitarra, y padeciente permanente de todas las ingratitudes que se pueden sufrir. Calumniado hasta el extremo, perseguido, ninguneado y exiliado, su aguda mirada del país fue acallada, sus opiniones políticas ocultadas, su visión del ejército y el rol de las fuerzas armadas en la sociedad civil censurada.

En las escuelas de mi infancia y adolescencia, y en la de muchos de los que me están leyendo, se enseñaba, con una dosis tóxica de aburrimiento, por un lado, la llamada «historia institucional», esto es, la sucesión de gobiernos desde la Primera Junta al Directorio, lo que se definía como «obra de gobierno», obviamente despojada de todo aspecto económico y social y del más mínimo contexto mundial; y por el otro, las contemporáneas —e incomprensibles sin su entramado político— campañas de San Martín, de quien se nos quería hacer creer que era «solo» un militar profesional y, como tal, no se mezclaba en política. La historia, como se verá claramente en las páginas de este libro, desvirtúa absolutamente aquella metodología y desmiente categóricamente este concepto absurdo del San Martín apolítico.

Las diferencias antagónicas con sus grandes enemigos, Rivadavia y Alvear, no casualmente ídolos sagrados de los autodenominados «liberales» locales, en realidad conservadores autoritarios, fueron disimuladas por los gestores de la historia oficial del mismo cuño

ideológico, ninguneadas hasta hacerlas desaparecer, al igual que su correspondencia con caudillos como José Artigas y Estanislao López, y la muy frecuente con Rosas.

Llama la atención el desconocimiento absoluto de la mayoría de sus biógrafos liberales del libelo calumnioso atribuido a Carlos María de Alvear, titulado *Primera parte de la vida del general San Martín*, cuyo contenido doy a conocer por primera vez en estas páginas.

La construcción de un relato histórico broncíneo lo alejó de sus compatriotas, que no podían dejar de verlo como una estatua, como alguien perfecto al que, se sabe, los mortales no podemos imitar. El inolvidable Alfredo Alcón me contaba las tremendas angustias que tuvieron que soportar con Leopoldo Torre Nilsson para filmar *El Santo de la Espada* en épocas del dictador Juan Carlos Onganía. Los censores de entonces cuestionaban las escenas en las que San Martín aparecía claramente con sus problemas de salud habituales y prohibieron una de ellas, en la que el Libertador vomitaba sangre, un hecho lamentablemente frecuente en aquellos años de su vida. Así se fue modelando una biografía falsa, que escapaba a la ejemplaridad: ninguno de nosotros podía acercarse siquiera a tanta perfección, abnegación y corrección; así que muchos optaron por no intentarlo siquiera.

A mi generación no le fue permitido querer a San Martín, sentir por él la empatía que tanto promovía. Solo estábamos habilitados a «honrarlo» y «respetarlo», a cantar la «Marcha de San Lorenzo» sin que nos explicaran, no ya las causas geopolíticas, la estrategia del combate sino, aunque solo fuera, qué quería decir «febo». Los chicos de hoy tienen más suerte, lo pueden querer, incorporar a sus afectos. Dando una charla sobre el querido Don José en una escuela pública, en el momento del debate, un chiquito de tercer grado me dijo: «A mí me gustaría ser como San Martín, pero tengo que cruzar los Andes... es un lío». Otro le contestó con toda su mágica sabiduría infantil: «No hace falta, con que quieras al país, no robes, no mientas y te importen los demás, ya está». En su maravillosa simpleza entendió claramente el concepto de ejemplaridad. Como se ve, cualquiera de nosotros —si quiere, claro— puede tener virtudes sanmartinianas.

Por todo esto, este libro contiene tantas citas textuales del Libertador, para acercarles a todos mis queridos lectores ese valioso pensamiento. Para que conozcan *La voz del Gran Jefe*, porque ya es hora de escucharla.

Entre gurises y chavales

*Velar se debe la vida de tal suerte,
que viva quede en la muerte.*

Del escudo heráldico
de la familia San Martín

Se iba terminando la llamada Edad Moderna y se avecinaba a toda velocidad la contemporánea cuando, en 1778, campeaba en Gran Bretaña la Revolución Industrial que modificaría para siempre los modos de producción y acumulación de riquezas, dando origen a dos clases sociales: la burguesía industrial –los dueños de las nuevas fábricas con máquinas a vapor– y el proletariado, es decir, aquellos cuya única propiedad eran su fuerza de trabajo y su familia, su prole. Fue en aquel contexto que, dos años antes, Adam Smith publicaría la obra fundacional del liberalismo económico, *La riqueza de las naciones*, en la que considera que el hombre vive para producir e intercambiar, y la política no debe interferir en el curso de la vida económica. Por ello, exigió plena libertad para empresarios y comerciantes, y se opuso terminantemente al intervencionismo del Estado. Pensaba que, si a cada persona se le permitía defender su interés particular, la sociedad toda acrecentaría su riqueza y bienestar. Planteaba, entre tantas otras cuestiones, que la verdadera riqueza de una nación no estaba en las riquezas naturales, como planteaba la fisiocracia, sino en la capacidad de transformar localmente las materias primas, a través del trabajo de sus habitantes.

En aquel año de 1778 la Francia absolutista firmaba con las colonias revolucionarias de Norteamérica –que hacía dos años habían proclamado su independencia– un tratado que reconocía a la nueva nación y se comprometía a luchar contra su eterna enemiga, Gran Bretaña. Luis XVI, quien todavía portará por quince años la cabeza fresca en su lugar, disponía el envío de seis mil hombres a la zona de conflicto. La no menos absolutista España se vio arrastrada por los

pactos de familia a seguir el camino de sus parientes Borbones. Los reyes a uno y otro lado de los Pirineos nunca terminarían de arrepentirse de esta decisión. A uno le costará el reino y la cabeza; a los otros, su invaluable imperio americano.

A miles de kilómetros de allí, el navegante inglés James Cooke «descubría» para el imperio las islas de Hawái, a las que les robaría hasta el nombre, bautizándolas como «Sándwich». La alegría le duraría poco. En su segundo viaje a las islas sería asesinado por los nativos.

Los milaneses estaban de fiesta con la inauguración de su colosal *Nuovo Regio Ducal Teatro alla Scala*, diseñado por el arquitecto neoclásico Giuseppe Piermarini. Se eligió para la ocasión la ópera *Europa descubierta* de Antonio Salieri, el histórico enemigo del genial Wolfgang Amadeus Mozart, quien ese año sufriría la muerte de su madre, Anna Maria Pertl. La obra lírica narra el episodio clásico del rapto de la princesa Europa de Tiro por el rey Asterio de Creta. Curiosamente, esta ópera de Salieri no volverá a representarse en el teatro milanés hasta el año 2004. En Emerville, cerca de París, moría sin ver en triunfo sus ideas el ginebrino Jean-Jacques Rousseau, autor de *El contrato social*, uno de los pensadores más notables del siglo XVIII. También en ese año de 1778 partía François Marie Arouet, más conocido como Voltaire, otro de los grandes teóricos del pensamiento revolucionario, colaborador de la *Enciclopedia* y autor de un imprescindible *Diccionario Filosófico*.

Unos se iban y otros venían a este convulsionado mundo. Entre los recién nacidos estaban Mariano Moreno, Bernardo O'Higgins y el futuro compositor y guitarrista Fernando Sor. Mientras tanto, en un pueblito fundado por los jesuitas en 1627, a orillas del río Uruguay, bajo el nombre de Nuestra Señora de los Reyes Magos de Yapeyú, nació un 25 de febrero José Francisco de San Martín.

Como ha ocurrido con otros grandes personajes de nuestra historia, los debates sobre su persona comienzan con su nacimiento y filiación, pero las polémicas sobre la fecha exacta quedan en el terreno de las conjeturas, ya que no se cuenta con documento alguno donde conste la fe de bautismo que, en esos tiempos en que no existía el Registro Civil, era lo más aproximado a una partida de nacimiento. El pueblo de Yapeyú fue arrasado, saqueado e incendiado por las tropas portuguesas al mando del sanguinario Francisco das Chagas Santos, el 13 de febrero de 1817, al día siguiente de la más gloriosa batalla

que librería San Martín en toda su carrera militar, en las alturas de Chacabuco.

En nombre del padre

Pero si el año del nacimiento genera debate, mucha más polémica ha provocado lo que se ha llamado «el origen» de San Martín. Quienes lo conocieron y describieron su fisonomía resaltaban, junto con su estatura relativamente elevada para los españoles de la época, lo negro de su cabello y el color oscuro de sus ojos y de su piel. Definitivamente, para desgracia de los racistas, el «Padre de la Patria» era morocho. De ahí a suponer un posible «origen mestizo» había un paso en tiempos en que estaba vigente el sistema de «castas», sobre todo para quienes consideraban la «mezcla de sangres» como una mancha. Recordemos que en el régimen impuesto por España, solo los «blancos» o «españoles» –tanto europeos (peninsulares) como americanos (criollos) propietarios– podían acceder a la condición de *vecinos*, que les permitía alguna participación en los cabildos, a la educación (y con ella, a las profesiones «liberales»), al sacerdocio y a la oficialidad de las fuerzas armadas, todos los estamentos con algún poder o privilegio.

La historia oficial ha llegado a calificar la seriedad y calidad de los libros referidos a San Martín según mencionen o no la hipótesis que pone en duda la versión tradicional sobre la filiación del Libertador. Pero dicha hipótesis ya atravesó las fronteras, y académicos de la talla del profesor emérito de la Universidad de Londres, John Lynch,¹ dan cuenta de ello; lo que no quiere decir, obviamente, avalarla, pero tampoco ignorarla o descalificarla a priori, como viene haciendo la autodenominada «historia seria» local. Le doy el espacio que merece como hipótesis no confirmada, ya que muchos de mis lectores habrán tenido noticia de ella y me parece importante aclarar de qué se trata.

Una antigua tradición oral aún persistente en la Mesopotamia lo considera hijo de una joven guaraní llamada Rosa Guará. En otras versiones, es mencionada como su nodriza o ama de leche, pero nadie niega su probada existencia.² En los últimos tiempos, esa tradición se

¹ John Lynch, *San Martín, soldado argentino, héroe americano*, Crítica, Barcelona, 2009, pág. 21.

² Cuando en 1853 el gobernador de Corrientes, Juan Gregorio Pujol, visitó Yape-

combinó con otra versión, según la cual su padre habría sido el capitán Diego de Alvear y Ponce de León,³ quien habría encargado la crianza del niño a Rosa y al matrimonio San Martín. Don Diego era, en este caso, sin ninguna duda, padre de quien sería compañero y luego feroz enemigo de San Martín, Carlos de Alvear.

El marino español participó en la expedición de quien se convertiría en el primer virrey del Río de la Plata, Pedro de Cevallos, contra los portugueses del Brasil, en 1776-1777. Don Diego fue nombrado tiempo después para integrar la comisión que debía fijar los límites entre las posesiones de las coronas española y lusitana. La versión de que habría sido padre de José Francisco tiene por fuente la afirmación de María Joaquina de Alvear, hija de Carlos de Alvear y nieta de Diego, en un manuscrito redactado en Rosario el 22 de enero de 1877, donde deja constancia de la «Cronología de mis antepasados y que en parte ignoran mis hijos y para que sepan mis descendientes». En ella, asevera:

Yo, Joaquina de Alvear Quintanilla y Arrotea, declaro ser nieta del Capitán de Fragata general español señor don Diego de Alvear Ponce de León. [...] Soy hija segunda del general Carlos María de Alvear [...]. Soy sobrina carnal de San Martín, por ser hijo natural de mi abuelo, el señor don Diego de Alvear y Ponce de León, habido en una indígena correntina [...]. Queda pues establecido que en la familia, tanto por parte de los míos como de mi marido, ha habido: Generales: 1. Diego de Alvear, 2. Carlos de Alvear, 3. San Martín [...]. Yo por muchos años he ignorado muchos de

yú, encontró allí a Rosa Guarú, con sus noventa y tres años. Declaró haber sido «sirvienta» de la casa de los San Martín y le señaló al mandatario el lugar donde estaba aquella residencia. Rosa murió en Aguapé, a dos leguas de Yapeyú, probablemente en 1872, a los ciento doce años.

³ Hugo Chumbita, *El secreto de Yapeyú. El origen mestizo de San Martín*, Emecé, Buenos Aires, 2001. Diego de Alvear y Ponce de León había nacido en Andalucía, en Montilla, en la provincia española de Córdoba, el 13 de noviembre de 1749. Ingresó a la Armada española y a los veinte años tenía el grado de guardiamarina. Integró la tripulación de la fragata *Venus* que hacía la ruta de las Filipinas. En 1773 fue ascendido a alférez de fragata y, dos años más tarde, a alférez de navío. Según la biografía de su hija Sabina, desde aquel año hasta 1777 «se halló en las guerras de Colonia del Sacramento, Río Grande de San Pedro y de Santa Catalina». Se casó en primeras nupcias con María Balbastro, integrante de una rica familia porteña, y en segundas nupcias con la inglesa Luisa Rebeca Ward.

estos parentescos, y me he encontrado muchas veces con ellos sin saber que lo eran y aparecido ingrata o desdeñosa o ignorante de ellos; y es la razón por que escribo esta cronología, para que a la vez los míos no se encuentren en este caso.⁴

En otro fragmento del manuscrito, dado a conocer por el historiador Hugo Chumbita y Diego Herrera Vegas, Joaquina relata el encuentro con quien ella consideraba su supuesto tío, en Francia, durante los últimos años de vida del Libertador:

Cuando en Europa, por primera y última vez vi y conocí al general San Martín, la primera impresión fue dolorosa. Era toda una fortaleza que se deshacía, eran Chacabuco y Maipú que se marchaban a mejor vida, dejando su nombre grabado en el templo de San Lorenzo, en la grande victoria alcanzada por su famoso escuadrón de granaderos a caballo [...]. Y examinándolo bien encontré todo grande en él, grande su cabeza, grande su nariz, grande su figura, y todo me parecía tan grande en él, cual era grande el nombre que dejaba escrito en una página de oro de nuestra historia, y ya no vi más en él que una gloria de su patria que se desvanecía para no morir jamás. Este fue el general San Martín, natural de Corrientes, su cuna fue el pueblo de Misiones, e hijo natural también del capitán de fragata y general español Don Diego de Alvear y Ponce de León (mi abuelo).⁵

Pero el manuscrito de Joaquina es cuestionado como fuente porque su marido, Agustín Arrotea, hizo una presentación ante el Juzgado en lo Civil de Rosario, el 22 de octubre de 1877, en que declaraba:

⁴ Hugo Chumbita y Diego Herrera Vegas, *El manuscrito de Joaquina. San Martín y el secreto de la familia Alvear*, Catálogos, Buenos Aires, 2007, págs. 144-146. Para la versión que da por válida la paternidad de Diego de Alvear, véanse también los artículos de Hugo Chumbita, «La interminable espera de Rosa Guarú», *Página/12*, Suplemento especial, 17 de agosto de 2000; «El origen de San Martín y su proyecto americano», ponencia presentada en el II Congreso Internacional Sanmartiniano, Buenos Aires, agosto de 2000; «El viaje del Libertador hacia sus orígenes», *Veintitrés*, 15 de agosto de 2000. En contra, véase el artículo de Patricia Pasquali, «Se desmorona la tesis sobre la nueva filiación de San Martín», *Desmemoria. Revista de Historia*, n° 28, 2001.

⁵ Chumbita y Herrera Vegas, *op. cit.*, pág. 78.

«Como es de notoriedad, hace algún tiempo que mi legítima esposa Doña Joaquina Alvear se encuentra en estado de incapacidad, enfermedad que por desgracia inhabilita para todo acto civil».⁶ El motivo del escrito era obtener la tutoría de su acaudalada esposa. El juez ordenó realizar exámenes clínicos a Joaquina, en los que en primera instancia se encontró una «ligera alteración de la memoria», pero se reconocía que «recordaba no solo los hechos culminantes de su vida, sino también aquellos de poca importancia, asignándoles con seguridad la fecha en que se han producido». Se le pidió que leyera algunos de sus escritos. Eligió algunos en los que se refería al Papa, a Thiers y a otras personalidades notables de la época, y los doctores Domingo Capdevila y Luis Vila concluyeron que esos textos mostraban «una exaltación de la imaginación que llega hasta constituir un estado morbosos» y que Joaquina «sufría una afición desmedida a la literatura». Finalmente, el juez Marín dictaminó el 5 de diciembre de 1877 que, de acuerdo al informe clínico, Joaquina «se encuentra en estado de demencia calificada por de erotomanía⁷ habitual» y la declaraba «incapaz de administrar sus bienes y demás actos de su vida civil», nombrando tutor a su marido, Arrotea.⁸

En su apologetico libro *El Santo de la Espada*, Ricardo Rojas no pone en duda la paternidad de Juan de San Martín ni la maternidad de Gregoria Matorras, pero desliza el siguiente comentario: «La madre es española, pero el niño es criollo, nacido en aquel mismo lugar de las Indias, con la tez bronceada por el sol de América, los ojos muy negros, los cabellos muy negros».⁹ Y más adelante señala: «Juan Bautista Alberdi conoció a San Martín en París y entonces escribió: “Yo lo creía un indio como tantas veces me lo habían pintado”. Bronceado era de tez y de ojos negros; pero indio solamente por la cuna y el destino», concluye Rojas.¹⁰

⁶ *Ibidem*, pág. 127.

⁷ Aclaran Chumbita y Herrera Vegas que, «según el médico del famoso hospital Charenton de París, Esquirol, la erotomanía era una afección cerebral, crónica, caracterizada por un amor excesivo, tanto por un objeto conocido como por un objeto imaginario; solo la imaginación está lesionada y un error de entendimiento y las ideas amorosas son fijas y dominantes».

⁸ Chumbita y Herrera Vegas, *op. cit.*, págs. 127 y 128.

⁹ Ricardo Rojas, *El Santo de la Espada*, Eudeba, Buenos Aires, 1970, pág. 9.

¹⁰ *Ibidem*, pág. 17.

Pero que fuese o no hijo de Alvear no anula la posibilidad de que fuese «mestizo», aunque no hay pruebas definitivas al respecto. Hay que recordar que el «color aceitunado, oscuro, cabello negro, [...] ojos grandes y negros» –como lo describió el comerciante inglés Samuel Haigh, testigo de la batalla de Maipú–¹¹ son rasgos nada inusuales en España. Como veremos más adelante, a San Martín se le atribuye un gran parecido físico con el mariscal Francisco Solano y Ortiz de Rozas, marqués del Socorro y Solanas, comandante de Cádiz y capitán general de Andalucía, cuyo «abolengo hispano» –pese a haber nacido en Caracas, de madre porteña rioplatense–¹² nadie cuestiona. Por cierto, esos mismos rasgos físicos y su nariz aguileña antiguamente habían dado origen a la versión de que San Martín tenía ascendencia judía, algo que Augusto Barcia Trelles desmentía –aunque no por motivos racistas–.¹³ Cabe aclarar que, según su documentación personal, el generalmente aceptado como padre del Libertador, Juan de San Martín, además de ser de baja estatura tenía «pelo castaño claro y ojos garzos», es decir, azulados.¹⁴

Lo llamativo es, en todo caso, la reacción airada de instituciones y autores académicos ante la simple posibilidad de que el «Padre de

¹¹ Samuel Haigh, *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*, Biblioteca La Nación, Buenos Aires, 1918. Haigh había arribado a Valparaíso en agosto de 1817, con un cargamento que incluía armas que fueron compradas por el gobierno de Chile y se usaron en la batalla de Maipú. Haigh estuvo presente en ese combate decisivo. Realizó otros dos viajes a Chile (1820-1821 y 1825), y en 1831 publicó en Londres sus impresiones y recuerdos de América del Sur.

¹² La madre del mariscal Solano era Rafaela Ortiz de Rozas, nacida en Buenos Aires e hija de Domingo Ortiz de Rozas, conde de Poblaciones, gobernador del Río de la Plata (1742-1745) y de Chile (1746-1755). El padre del mariscal, José de Solano, primer marqués del Socorro, era gobernador y capitán general de Venezuela, además de uno de los principales jefes navales españoles.

¹³ Augusto Barcia Trelles, *José de San Martín*, Aniceto López editor, Buenos Aires 1941, tomo II. Barcia Trelles (1881-1961), abogado y político republicano español, ministro en varias ocasiones del gobierno del Frente Popular durante la Guerra Civil, tras la caída de Cataluña en poder del franquismo se exilió en la Argentina, donde pasó sus últimos años de vida. La versión de la ascendencia sefaadí del Libertador, además de los rasgos físicos, tomaba en cuenta un hecho conocido: muchos judíos conversos, al bautizarse, tomaban como apellido el nombre de un santo.

¹⁴ Ministerio de Educación de la Nación, Instituto Nacional Sanmartiniano y Museo Histórico Nacional, *Documentos para la historia del Libertador General San Martín*, Buenos Aires, 1950, tomo I, pág. 6.

la Patria» tuviera ancestros indígenas,¹⁵ lo que muestra que el rancio racismo heredado del sistema colonial español no está tan difunto como le hubiese gustado al Libertador. Con o sin «sangre india», don José dio a lo largo de su vida sobradas muestras de que, al igual que otros «españoles americanos», como Manuel Belgrano, Juan José Castelli o Mariano Moreno, consideraba hermanos a «nuestros paisanos los indios».

Tiempos interesantes

Como señalaba en mi libro *1810. La otra historia de nuestra revolución fundadora*,¹⁶ la preeminencia de lo fáctico en nuestra historia oficial es materia conocida. Todo sucede como por azar, por decisiones personales, por determinaciones de terceros. Pocas veces se les da importancia al clima ideológico, al pensamiento de la época, a las ideas disponibles a la hora de pensar aquella realidad injusta y asfixiante de la colonia. Los hechos demuestran que hombres como San Martín habían tomado nota de estas ideas y es importante que las recordemos.

La luz de la sabiduría iluminando las tinieblas de la ignorancia, combatiendo los miedos que la alimentan, la ciencia disputándole la verdad a la todopoderosa Iglesia, palmo a palmo, así fue aquella segunda mitad del siglo XVIII, que desembocaría en la Revolución Francesa. Un siglo de extraordinarios cambios en algunos países europeos, particularmente en Inglaterra y Francia.

En este proceso jugó un papel destacado la burguesía que, desde sus inicios, adaptó sus aspiraciones y puntos de vista de acuerdo a la etapa de la evolución económica en que se hallaba. Primero luchó por deshacerse de una economía medieval que trababa su crecimiento y, en su enfrentamiento con la nobleza, se apoyó en los monarcas. Pero,

¹⁵ Esa reacción se manifestó en el año 2000, ante la publicación del libro *Don José. Vida de San Martín*, de José Ignacio García Hamilton, que adoptaba esa versión, y sobre todo ante la presentación ante la Comisión de Cultura del Senado de la Nación realizada por Hugo Chumbita, Ramón Santamaría (descendiente de Alvear) y Diego Herrera Vegas, para solicitar que se realizara un análisis de ADN de los restos de San Martín, para determinar su filiación.

¹⁶ *1810. La otra historia de nuestra revolución fundadora*, Planeta, Buenos Aires, 2010, pág. 49.

superadas con el tiempo las dificultades, lo que antes había apreciado como apoyo y protección, a partir del siglo XVII comenzó a percibirlo como limitación, falta de libertad y control excesivo.

El fascinante siglo XVIII, llamado «de las Luces» por la difusión que alcanzaron las ideas de la Ilustración, tuvo también sus sombras. Ante todo, porque se mantenían intactos los privilegios aristocráticos, que las monarquías absolutas europeas conservaban a fuerza de un despilfarro cada vez más insoportable para la burguesía, cuyo poder económico y conciencia de sus intereses iban en aumento, sin poder participar activamente del ejercicio del poder político. Las dos revoluciones inglesas del siglo anterior (la de 1642-1660 y la de 1688) habían terminado por imponer en Gran Bretaña un sistema parlamentario que, si bien aún era oligárquico, ya que la gran mayoría de la población quedaba excluida, significaba un cambio político sustancial: la voluntad del rey ya no era la ley fundamental. Esta quedaba ahora en manos de un cuerpo representativo al menos de una parte de sus súbditos. En especial, el principio de que sólo el Parlamento podía establecer o modificar impuestos y contribuciones («ningún impuesto sin representación») era la contracara de lo que ocurría entonces en el resto de Europa y sus colonias.

La influencia de la revolución inglesa y de sus pensadores, como John Locke (1632-1704),¹⁷ pronto se hizo sentir en el movimiento de ideas conocido como la Ilustración, que tuvo en Francia a sus principales exponentes. Uno de ellos, Charles Louis de Secondat, barón de Montesquieu (1689-1755), tomó a la «monarquía moderada» inglesa como modelo en su influyente obra *Del espíritu de las leyes*, cuya primera edición, sin mención del autor, apareció en 1748 y rápidamente fue incluida por la Iglesia en su *Índex* de libros prohibidos. La censura, tanto eclesiástica como monárquica, también se ensañaría

¹⁷ Locke fue un pionero del pensamiento antiabsolutista. En su *Segundo tratado del gobierno civil*, publicado en 1690, como justificación de la llamada «revolución gloriosa», que instaló la monarquía moderada con control parlamentario, dice que los hombres vivían en un estado de naturaleza en absoluta libertad e igualdad, sin nadie que los gobernase. Pero, lamentablemente, surgieron disputas insalvables y decidieron crear una sociedad, para lo cual renunciaron a sus derechos naturales, tales como hacer justicia por mano propia, y cada uno cedió su porción de poder a un gobernante, al que nunca pensaron absoluto. Les quedaba claro que, si el gobernante se convertía en déspota, los hombres tenían derecho a rebelarse y quitarle el poder que le habían conferido.

con las obras de otros autores ilustrados, como Voltaire, Rousseau, D'Alembert y Diderot, y con la obra más ambiciosa que encararon: la *Enciclopedia o Diccionario razonado de ciencias, artes y oficios*, cuyos 28 volúmenes, publicados entre 1751 y 1772, junto con otros 7 suplementarios que aparecieron entre 1776 y 1780, buscaban compendiar el saber humano, desde una perspectiva racional y crítica. La *Enciclopedia* cambió revolucionariamente la forma de difundir los conocimientos, al ordenar los temas alfabéticamente y no por «jerarquías», como quería el poder real absolutista asociado al eclesiástico, impulsando así el proceso de independencia del saber científico de los principios religiosos. La palabra *Dios* podía figurar en un libro mucho después del terrenal término *ábaco*.

Si bien, en general, el pensamiento ilustrado expresaba una actitud elitista y de «temor» hacia las «masas incultas», planteaba una ruptura en el campo de las ideas, al rechazar todo lo que no se basase en una explicación razonada o en una comprobación empírica. Estas obras permitieron poner en evidencia que no era «razonable», por ejemplo, que una mayoría de hambrientos sostuviese con su esfuerzo a miles de parásitos que se amparaban en el aval de la Iglesia, que disfrutaba de los mismos privilegios, y en su «dignidad» cortesana y real para ponerse por encima del resto de sus semejantes. A pesar de la censura, las obras y las nociones ilustradas lograron gran difusión, incluso entre la aristocracia y los altos funcionarios. Se dio así un fenómeno contradictorio en la mayoría de los países de Europa continental: el del «despotismo ilustrado». Con él, las monarquías absolutistas introdujeron reformas que buscaban darle una base más racional a la administración, con el fin de fortalecer y centralizar aún más el poder de las coronas, basándose en el principio «*Tout pour le peuple, rien par le peuple*»: «Todo para el pueblo, pero sin el pueblo».

Otro cambio clave, iniciado a mediados del siglo XVIII y en gran parte deudor de las revoluciones inglesas del siglo anterior, fue la serie de profundas transformaciones económicas, sociales y culturales de largo plazo que conocemos con el nombre de Revolución Industrial. En lo inmediato, el paso de la producción artesanal a la industrial dio un nuevo impulso al capitalismo inglés y demandó la búsqueda de nuevos mercados para su creciente producción de manufacturas. Al tiempo que encaraba una doble política comercial —un fuerte proteccionismo interno para asegurar su desarrollo industrial y, en el plano externo, el objetivo de imponer el libre comercio en el resto de

mundo—, Gran Bretaña se lanzó a una tenaz competencia con sus principales rivales, Francia y España, por el control de las vías de navegación y de territorios coloniales en todo el planeta. Aunque el estallido de la mayoría de las frecuentes guerras del siglo XVIII tuvo como excusa cuestiones dinásticas o territoriales menores en Europa, su trasfondo fue esa puja «global». En especial, la Guerra de los Siete Años (1756-1763), iniciada por una disputa territorial entre Prusia y Austria, pronto se convirtió en un enfrentamiento global entre Francia y Gran Bretaña, acompañadas por sus respectivas aliadas, España y Portugal, y tuvo consecuencias de largo alcance. La victoria de Gran Bretaña, que acrecentó su papel como potencia mundial al consolidar su control sobre la India y Canadá e impulsar su poderosa flota, tuvo un muy alto costo económico, que la corona trató de descargar sobre sus colonias, mediante impuestos y tasas comerciales. Los colonos británicos de Norteamérica, apoyándose en el principio de «ningún impuesto sin representación» (ya que no elegían miembros del Parlamento), iniciaron una firme resistencia a esa política, que culminaría en 1776 con la proclamación de la independencia de los Estados Unidos y su guerra revolucionaria de siete años contra los británicos. La creación del primer Estado independiente americano influyó en el resto de las colonias. El apoyo de Francia y España a los colonos norteamericanos, para debilitar a su rival, tendría también un efecto de búmeran: el venezolano Francisco de Miranda, que participó como militar español en esta guerra, a partir de entonces comenzó a elaborar los planes emancipadores que lo convertirían en el precursor de la independencia sudamericana.

Por otra parte, las concesiones comerciales impuestas a Francia en el tratado de paz de 1763, en favor de las mercaderías de origen británico, fueron una de las muchas causas del estancamiento de la economía francesa, que la llevaría a la crisis dos décadas después, y que a su vez generaría el descontento generalizado que abrió las puertas a la Revolución Francesa de 1789.

Paralelamente, el resultado de la Guerra de los Siete Años llevó a que la corona española profundizase en América los cambios administrativos, económicos y políticos que venía implementando en el marco del despotismo ilustrado. Estas «reformas borbónicas» apuntaban a volver más eficiente la administración colonial —en especial, en el cobro de impuestos y tributos—, controlar el contrabando (cuyos principales beneficiarios eran los ingleses, que en muchos casos te-

nían como intermediarios a los portugueses del Brasil) y hacer frente a la expansión británica y portuguesa sobre sus territorios. Todo ello requería una mayor centralización y sometimiento a las directivas decididas en la metrópoli. Para asegurar una administración más eficiente, los extensos territorios coloniales establecidos originalmente (los virreinos de Nueva España y del Perú) fueron divididos, mediante la creación de nuevos virreinos –Nueva Granada (1739) y Río de la Plata (1776)– y capitanías generales –Venezuela (1777), Guatemala (1776) y Chile (1778)–.

En 1782 se establecieron las gobernaciones-intendencias y gobiernos militares (para las zonas de frontera), como subdivisiones administrativas de los virreinos y capitanías generales.

Al frente de las nuevas administraciones coloniales fueron puestos hombres formados en la burocracia militar-política de España y, principalmente, peninsulares. Si, casi desde el inicio mismo de la era colonial, los criollos eran motivo de desconfianza para la corona, en el siglo XVIII se reforzó su exclusión de los principales cargos políticos, para asegurar que los altos funcionarios no tuviesen «conflictos de intereses» para hacer cumplir las directivas metropolitanas. Esto fue una causa adicional de descontento para los españoles nacidos en América, en especial para las elites locales, que se sentían injustamente desplazadas. Ese afán de control también llevó a la expulsión de los jesuitas, sancionada en 1767 por el rey Carlos III. La Compañía de Jesús, extendida en casi todo el continente, con sus misiones, estancias, ingenios, fincas, colegios y universidades, aparecía como un peligroso rival para la corona, por su poder económico, social y cultural, al no estar bajo el control directo del rey y sus funcionarios.

Desde el inicio, las «reformas borbónicas» encontraron resistencia entre los americanos, quienes en alguna ocasión amenazaron con pasar por encima del régimen de castas, al unir transitoriamente a criollos, «indios», «mestizos» y «pardos» en una acción común contra las autoridades encargadas de aumentar la presión en el cobro de tributos o aplicar nuevos impuestos. En 1739, en Oruro (actual Bolivia), fue frustrada una insurrección encabezada por el «mestizo» Juan Bélez de Córdova, cuyo *Manifiesto de agravios* decía:

Sabido es cómo el Pontífice Alejandro VI dio permiso a los Reyes de Castilla para que sembrasen la semilla del Santo Evangelio en

estos reinos, convirtiendo el [ilegible] de la Santa Madre Iglesia la infidelidad. Y pasados los españoles a él, se convirtieron por su codicia a la tiranía, degollando a los reyes y naturales de ellos, usurpándoles no sólo las vidas sino todos sus haberes y tierra con cuanto estas fructifican.

Bélez de Córdova proponía la reinstauración de la monarquía incaica para restablecer los derechos que

asisten a los criollos ilustres de estos nuevos reinos del Perú, así españoles como pobres indios y naturales, quienes siendo legítimos señores de la tierra, unos y otros, nos vemos oprimidos de la tiranía, viviendo con sobresalto y tratados poco menos que como esclavos.¹⁸

En 1742, Juan Santos Atahualpa, descendiente de los incas, se levantó en el Perú, con un programa similar al de Bélez de Córdova. En 1748, en Venezuela, Juan Francisco de León inició un levantamiento contra el monopolio otorgado por la corona a la Compañía Guipuzcoana. En 1761, Jacinto Canek alzó en armas a los mayas del Yucatán. En 1780-1781, la revolución andina iniciada por Túpac Amaru II y Micaela Bastidas, y continuada por Túpac Katari y Bartolina Sisa, y en 1781, la rebelión de los comuneros de Nueva Granada, aunque ferozmente reprimidas y derrotadas, mostraron que se había iniciado la crisis del «orden» colonial español en América, que entraba en un punto de no retorno. En distinta medida, según las clases y los grupos sociales, la lucha por cambiar el injusto régimen social, económico, político y cultural se comenzaba a identificar con la necesidad de librarse de la metrópoli que lo imponía.¹⁹

Las derrotadas revoluciones y levantamientos de indígenas, «mestizos» y criollos, las ideas ilustradas, el ejemplo de la revolución independentista norteamericana y la influencia económica y política

¹⁸ Manifiesto de Juan Bélez de Córdova, citado en Boleslao Lewin, *La rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la emancipación americana*, Hachette, Buenos Aires, 1957, pág. 118.

¹⁹ Véanse *1810...*, cit., págs. 40-48, y *Mitos de la historia argentina 1. De los pueblos originarios y la conquista de América a la independencia*, Planeta, Buenos Aires, 2009, págs. 163-192.

británica, en mayor o menor grado, fueron el marco en el que se formaron los sudamericanos de fines del siglo XVIII. Entre ellos, como no podía ser de otro modo, José de San Martín.

Una familia indiana

La vida de José de San Martín comenzó en ese mundo fascinante, cambiante y en ebullición, en lo que entonces era un punto periférico del recientemente creado Virreinato del Río de la Plata; a su vez, el último confín del imperio español en América. Yapeyú, «fruto maduro» en guaraní, fue fundada, como dije, por los jesuitas en 1627, como reducción de Nuestra Señora de los Tres Reyes Magos, en la margen occidental del río Uruguay (actualmente, en territorio de la provincia de Corrientes). Era la más grande de las estancias jesuíticas y abarcaba las dos orillas del río, ocupando terrenos que hoy pertenecerían a tres naciones, Argentina, Uruguay y Brasil. Allí fueron «reducidas» comunidades originarias guaraníes, charrúas y cáingang, que debieron enfrentar las incursiones de los verdaderamente salvajes *bandeirantes*, cazadores de esclavos para las *fazendas* de los ricos propietarios del sur del Brasil. Con los años, Yapeyú se convirtió en un importante centro ganadero. En su época de esplendor, la misión y los establecimientos que dependían de ella llegaron a tener una población de más de 8.000 personas, en tiempos en que Buenos Aires, por ejemplo, no alcanzaba los 20.000 habitantes. Contaba con talleres de fabricación de calzado, que se comerciaba en todo el Río de la Plata, Chile y Perú, y una notable escuela de música que, además, fabricaba instrumentos. La escuela era célebre en toda la región por la excelencia de sus músicos y coreutas y por la calidad de sus luthiers. Los padres jesuitas Matías Strobel y Carlos Cattáneo dejaron registradas sus impresiones sobre el tema:

Hace pocos días hemos escuchado cantar a varias voces en Buenos Aires a los músicos traídos de la Reducción de Yapeyú, con tanta gracia y arte que quien no los estuviese mirando creería eran músicos de las mejores ciudades de Europa que hubiesen venido a América.²⁰

²⁰ Citado por Martha Neumann de Bartlett, *Fruto maduro. Yapeyú, toda su existencia*, Moglia Ediciones, Corrientes, 2007, pág. 53.

Yapeyú era un estratégico puerto fluvial y poseía una fundición de cobre, hierro y acero, y un astillero.

A partir de la expulsión de los jesuitas en 1767, como sucedió con los demás establecimientos de la Compañía de Jesús, la labor misionera fue encomendada por la corona española a otra orden religiosa —en este caso, los dominicos— y la administración de las *temporalidades* o propiedades fue puesta en manos de funcionarios reales.

Los San Martín

La familia integrada por Juan de San Martín y Gómez, su esposa Gregoria Matorras del Ser²¹ y sus tres primeros hijos llegó a Yapeyú en abril de 1775, en ese contexto posterior a la expulsión de los jesuitas.

Los padres del futuro Libertador eran originarios de pueblos cercanos de la provincia de Palencia, Castilla la Vieja. El lema del escudo, «Palencia, armas y ciencia», hacía referencia a la creación en 1208 de la primera universidad española por Alfonso VIII, contemporánea a las de Oxford y Bolonia, y a la histórica participación de la región en la reconquista. Don Juan había nacido en la Villa de Cervatos de la Cueva, antiguamente perteneciente al reino de León, el 3 de febrero de 1728, de padres labradores. Tras una lenta y trabajosa carrera militar iniciada como soldado de infantería a los dieciocho años, que lo había llevado a combatir en el norte de África y a integrar guarniciones de distintas regiones españolas, había llegado al Río de la Plata en 1765, con el grado de teniente y la misión de instruir al batallón de milicias porteñas. Participó en el sitio de la Colonia del Sacramento, estraté-

²¹ La madre de San Martín era prima de don Gerónimo Matorras (1720-1775), un rico comerciante español que se instaló en Buenos Aires en 1750. Fue cabildante y por donde pasó dejó su huella: el límite de su gran quinta, donde funcionaba un molino en el que trabajaban once blancos y veintiún esclavos, pasó a llamarse zanjón de Matorras; la calle de su casa, Santa Rosa, en la actual avenida Córdoba, era popularmente llamada «la cancha de Matorras», y también se conocía como Matorras la calle Piedad, actual Bartolomé Mitre, donde quedaba su residencia. En 1765 viajó a España para convencer a la corona de un plan de «conquista y pacificación» del Chaco, fundando reducciones en la región, para lo cual obtuvo su nombramiento como gobernador del Tucumán. En 1774 inició su expedición al Chaco, por el curso del río Bermejo, negociando con jefes moquit («mocovíes») y qom («tobas»), pero murió enfermo al año siguiente, mientras inspeccionaba la primera de esas reducciones planeadas.

gico asentamiento de los portugueses en la región, y en el combate al contrabando que se efectuaba desde allí. Gregoria Matorras había nacido en Paredes de Nava, el 12 de marzo de 1738. De allí eran oriundos el pintor Pedro Berruguete y el poeta Jorge Manrique, autor de las célebres *Coplas por la muerte de su padre* (1476). Gregoria, que había quedado huérfana de madre a los seis años, llegó a Buenos Aires en 1767, el mismo año de la expulsión de los jesuitas, acompañando a su primo Gerónimo Matorras, recientemente nombrado gobernador del Tucumán. En 1769 habría comenzado el noviazgo con Juan de San Martín, pero el casamiento, celebrado en la catedral porteña en octubre de 1770, tuvo que realizarse por poder, ya que don Juan había recibido meses antes la orden de marchar para ocupar su cargo de administrador de la Calera de las Vacas, antigua estancia jesuítica en la Banda Oriental, y sólo días después llegó a la ciudad para buscar a su esposa.

Durante cuatro años los San Martín-Matorras vivieron en Calera de las Vacas (hoy en territorio uruguayo), donde nacieron sus primeros hijos: María Elena, el 18 de agosto de 1771; Manuel Tadeo, el 28 de octubre de 1772, y Juan Fermín Rafael, el 5 de febrero de 1774. A fines de este último año, don Juan fue nombrado teniente gobernador de Yapeyú, donde el matrimonio tuvo a sus dos últimos hijos: Justo Rufino, en febrero de 1776, y a José Francisco, que —más allá de los debates que ya vimos— sería criado como el menor de la familia por su niñera de trece años, Rosa Guarú, quien le enseñó sus primeras palabras en guaraní, a distinguir el canto de los pájaros y los secretos del monte, bajo la sombra del generoso *ibapoy*.²² Le habló de la *Yvy Mara 'ey*, aquella «Tierra sin Mal» que su pueblo venía buscando desde sus orígenes, un lugar donde no existían ni la enfermedad, ni el sufrimiento, ni la muerte.²³

²² Como señala Martha Neumann de Bartlett en su libro *José de San Martín, el yapeyano más ilustre* (Moglia Ediciones, Corrientes, 2014, págs. 27 y 28), el *ibapoy* es una especie de higuierón. Este hermoso ejemplar bajo el cual jugaba Josecito con Rosa, que alcanzó los quince metros de altura y los dos de ancho, sobrevivió hasta el 14 de mayo de 1986 y hoy su retoño ocupa su lugar en la plaza principal de Yapeyú.

²³ Entre otros estudios sobre la *Yvy Mara 'ey*, puede consultarse el de Hélène Clastes, *Tierra sin mal. El profetismo tupí-guaraní*, Ediciones del Sol, Buenos Aires, 1993.